

Adiós a Alberto Romero

Unas pocas líneas en los diarios, tímidas y como ruborizadas de conceder importancia a una persona que desapareció hace tantos años de la vida pública de Chile, informaron de la muerte de Alberto Romero, acaecida en el Hogar Israelita de Santiago. Este silencio no debe sorprender a nadie, ya que Romero —como Joaquín Edwards Bello— nunca fue el bienamado de los críticos oficiales y su obra, salvo “La viuda del conventillo”, es casi inencontrable en librerías. Duro precio que tuvo que pagar por alzarse contra una clase —la suya—, al mostrar sus contradicciones y la otra cara de una sociedad que se precia de justa y equitativa.

Raro destino el de este hombre, miembro de familia principal y que nació y creció cuando aún no se apagaban los ecos de la revolución del 91 y que en la casa paterna de Santo Domingo 1307 tuvo acceso ya de niño a los entretelones de la larga siesta que siguió al derrocamiento de Balmaceda. En ese ambiente de tertulias, durante esa “bella época” que terminaría al cobrar fuerza el avance popular de las décadas del 10 y del 20, se fue formando el escritor, el bohemio que jamás se dejó doblegar por el funcionario en que devino. “Palcro de maneras, bien vestido, perfumado, con escogidas amistades en todas partes, que en la noche, robando horas al sueño reparador, se apostaba en ciertos rincones oscuros y malolientes de la ciudad para sorprender el secreto de las mancebías o descubrir, en flecos deshila-

dos de furtivas conversaciones, las psicologías ruines”, anota Raúl Silva Castro, su cuñado.

Romero fue, en efecto, uno de los descubridores de un mundo ante el cual nuestros novelistas se taparon las narices y los ojos, lo que les valió el ingreso a las antologías. El, en cambio, se introdujo en la miseria de los ranchos que cercaban la Estación Central, quiso desentrañar el determinismo fatalista de seres acosados. “Literatura tendenciosa —diría Ricardo Latcham—, esto es, de tendencia en el más puro carácter que puede darle el rumbo objetivo del desenvolvimiento social”.

Naturalmente no gustó que ese correcto empleado de la Caja de Crédito Hipotecario, “hijo de millonario”, se refiriese en 1930 a los prostíbulos sórdidos de Matucana o San Pablo, a las fritanguerías donde “los trabajadores componían el cuerpo apurando un bocado caliente antes de acostarse”, a “pedazos de trapo, cacerolas desfondadas; chancletas boquiabiertas, risibles, irónicas; corchos, trozos de madera, huesos y tarros vacíos”, que grafican el panorama feista de la pobreza urbana. Lenguaje distinto al de las generaciones posteriores, a las que definió alguna vez como “cultas, viajadas, pero sin ninguna inquietud social”.

Diez títulos en 20 años, además de cientos de crónicas, artículos y cuentos esparcidos en revistas y periódicos. Silencio prematuro en 1938, poco antes de que Aguirre Cerda subiera a la presidencia y del que pudo haber obtenido

recompensas y honores. Su adiós fue escéptico: “España está un poco mal”, impresiones de un viaje a la Península, en plena Guerra Civil, efectuado con ocasión del Segundo Congreso de Escritores Antifascistas, que se celebró en Madrid en defensa de la República.

Caería luego en un profundo mutismo, al que se sumó el dolor que le causó la desaparición temprana de su hijo Julio Alberto, en 1946. A partir de esa fecha, sin quejas, sin dolerse de las postergaciones de quienes le debían la instauración del Premio Nacional de Literatura y muchas conquistas gremiales, se refugió en una intimidad callada que nadie rompió. Otras figuras y corrientes comenzaban a abrirse paso, otras estructuras estéticas en pugna con el realismo anterior. Ni siquiera la redición, en 1971, de “La viuda del conventillo” y de “La mala estrella de Perucho González”, hizo que Alberto Romero abriese los labios o se acercara a homenajes que el momento político volvía más propicios. Por eso, cuando sobrevino la vejez definitiva, el desgaste irreparable del cuerpo, se asiló con su mujer, Zulema Piñera, en el Hogar Israelita, sin hacer ruido, quietamente.

Tenemos ante nosotros varias fotografías suyas de esta etapa última, sin el chambergue de los tiempos mozos ni el aire soñador. Es la imagen final de Alberto Romero, otro creador con el que Chile ha quedado en deuda y que sólo deseó una patria mejor. Flores en su tumba...

Pacián Martínez Elissetche.

EL SUR. Concepción
31-1-1982 p.3.

Adiós a Alberto Romero [artículo] Pacián Martínez Elissetche.

Libros y documentos

AUTORÍA

Martínez Elissetche, Pacián

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Adiós a Alberto Romero [artículo] Pacián Martínez Elissetche.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile